

La vaina rara

Autor responsable: **Yuri Acuña Amaya ***

Libre pensador

(Artículos 13, 18 y 20 de la Constitución Política de Colombia)

Correo electrónico: yurikosta@yahoo.com / Celular: 312 - 5572865

Bogotá, Colombia – 11 de septiembre de 2010.



* Administrador Público ESAP – Especialista en Gerencia Social – Exprofesor universitario.

Muy a pesar de todas las infames formas de violar los derechos sagrados de los seres humanos, que algunos cuantos individuos de mentes retorcidas y corazones diabólicos han inventado e implementado con la mayor atrocidad que les es posible; nos asiste a los hombres y mujeres amantes y defensores de la vida en paz y armonía, el derecho incontrolable de utilizar la fuerza de la razón y el poderío majestuoso de la palabra hablada y escrita, para dejar sentado en el libro dorado de la historia humana nuestro total rechazo a tales acciones irracionales y asquerosas.

Se derrumbarán más torres, pero la torre del derecho a la libertad de pensamiento y de expresión, continuará firme y erguida en todo rincón del Planeta en donde exista una mente clara, objetiva, analítica, apasionada y comprometida con el respeto, la valoración y la conservación de la vida en condiciones de dignidad.

- ¡Patón, patón, que vayas a la casa del señor Elí, que allá hay una vaina rara! – le dijo a mi hermano Geovanni el pelaito que entró presuroso y angustiado a nuestra casa que queda localizada en la Calle San Rafael del otrora “paraíso de paz y vida”, **Tamalameque** - Cesar.

- ¿Una vaina rara? – replicó **Geovanni** (El Patón). ¡Eche, pa jodete a ti!

- ¡Sí, sí, la madre! – se sostuvo el pelao.

Eran aproximadamente las siete de la noche del **miércoles 26 de enero de 2000**, que de no ser por el acontecimiento que narraré a continuación, hubiese transcurrido como todos los días normales de mi pueblo: caluroso, adormilado y sin sobresalto alguno; bueno, excepto que a última hora se difundiera la noticia de que en *La vuelta de la oreja* o en *El portón rojo* encontraron otra persona muerta y con evidentes signos de tortura, situación que se estaba volviendo frecuente por el accionar criminal de los Paramilitares.

Hacia poco rato **Anita** nos había servido la comida: *pescado en viuda acompañado con bollo limpio que le había comprado esa tarde al negro Cosho, suero y limonada bien fría*, todo en cantidad suficiente para deleite y placer del paladar de los comensales.

La cosa hubiera quedado de ese tamaño, de no haber sido porque a los tres minutos llegó otro personaje con el mismo mensaje y una petición adicional: **¡Ey Patón, préstame un foco pa alumbrá en er taller der viejo Elí, que ahí está una jodía rara!** Se trataba nada más y nada menos que de **Daniel Vega (Ñañe)**, hombre adueñado de un modo de hablar muy particular – atropellando el pobre castellano sin compasión, como también lo hacen la mayoría de sus familiares -, pero siempre jocoso y de trato agradable.

Pareciera que el mensaje hubiera sido dirigido a los hijos de mi hermano, porque en menos de lo que se pela un bollo limpio, **Yovanito** y **Tande** salieron disparados hacia el lugar en referencia. Geovanni tardó un poco en responderle, mientras se tomaba el tiempo suficiente para terminar de despachar la apetitosa cola de bocachico que su mujer le había servido, el amasijo blanco que hacía de bastimento y la bebida amarillosa que era una bendición para calmar la sed.

- **¡Ana, búscame el foco!** – ordenó a su mujer. La orden se cumplió al instante, y ya con el artefacto luminoso en la mano, se acomodó el sombrero de uso corriente y le dijo a Ñañe: **¡Bueno, vamos pa vé qué es la vaina!** Sin perder tiempo, los dos se dirigieron a la casa que en vida fuera de propiedad del señor Elí Garrido Vega – el mecánico del pueblo - y de su compañera Rosalba Gutiérrez Peña, ambos que Dios los tenga en su Santa Gloria.

Yo, mientras tanto, me concentraba en ganarle la pelea, por un lado, a la nube de mosquitos que nos atormentó hasta casi la media noche, y por el otro, a las puyas del espécimen acuático que generosamente mi cuñada me había proporcionado. A pesar de este cuadro adverso, no estaba dispuesto a renunciar a consumir en su totalidad los manjares que Dios me había puesto a disposición en ese momento; y digo Dios, porque sólo con la ayuda de Él los pescadores de mi empobrecido pueblo pueden atraparlos en sus redes, dado que cada vez son más escasos. Claro está que la noticia de “*la vaina rara*” en predios de la casa vecina me inquietaba, por lo que apresuré el ritmo en el comer.

Terminada la cena, me dirigí a la alberca ubicada en el amplio patio, saqué agua con la poncherita destinada para tal menester y me bañé las manos con abundante jabón y cáscaras de limón que restregué contra mis dedos y palmas –tal cual a la usanza de mi madre Mercedes Amaya Bohórquez-, pues sólo de esta manera se puede disipar el impregnante olor a pescado. Me enjuagué la boca y los dientes con varias buchadas, pero no me cepillé porque el tiempo apremiaba.

Salí de la casa y me dirigí al lugar de los hechos. La residencia del señor Elí Garrido realmente queda muy cerca de la nuestra, únicamente separada por la de la **familia Pantoja Rangel**, quienes han sido nuestros vecinos y amigos por siempre. Cuando llegué, observé que Ñañe estaba encaramado en la pared que da a la calle y Geovanni se esforzaba por alumbrarle con el foco o linterna de mano. Calculo que en ese momento ya serían las 7 y 30. Alrededor de los dos ‘héroes’ de nuestra historia se encontraban, además de mis sobrinos, una docena de personas entre muchachos y adultos que, al igual que yo, acudieron al lugar

atraídos por la curiosidad luego de enterarse de la novedad. Con el paso del tiempo la romería fue aumentando puesto que todo el que por ahí transitaba, indefectiblemente se detenía a preguntar qué sucedía del otro lado de la pared.

- **¡Alumbra bien Yova, que no veo un carajo!** – decía Ñaño, provisto de una vara de regular tamaño que intentaba utilizar para ‘jurgar’ a lo que allí se encontrara. La tarea se hacía más difícil y en vista de que no lograban identificar la “cosa” que se hallaba tirada en el suelo y recostada a la pared, decidieron de común acuerdo saltar el portón y de esa manera ingresar al patio de la vivienda ajena que, por cierto, por esos días se encontraba deshabitada. La mayoría de los mirones les seguimos los pasos, no tanto por valentía, sino impulsados por esa curiosidad morbosa que forma parte de nuestra naturaleza humana.

Una vez adentro y con el sigilo y la prudencia que aconseja la lógica para enfrentar un caso desconocido y misterioso, los dos hombres se fueron acercando al bulto que con la tenue luz del foco se lograba ya entrever. Daniel, como hombre animoso y acostumbrado a lidiar con labores de campo y monte, tomó la iniciativa. Mientras Geovanni alumbraba, él se acercó y con la punta de la vara tropezó a lo que allí se encontraba. Lo que fue se removió con fuerza y por el mismo remezón los presentes dedujimos que se trataba de algo de considerable tamaño.

- **¡Erda Patón, esta es una joda grande!; ¿qué vaina será?** Volvió Daniel a jurgar el bulto y esta vez el remezón fue más fuerte y estruendoso, tanto que todos reculamos presintiendo algo malo. Lo que era, permitió observar un movimiento rápido, poderoso y ondulante, con lo que cada quien se fue formando una idea de lo que podría ser, dando paso así a las conjeturas.

- **¡Eche, esa vaina parece un caimán porque tiene una cola grande!** – dijo Geovanni, impresionado. – Otro tipo, ubicado un poco más distante, inquirió: **¡Júaaa!... ¿no será más bien una culebra cipotúa, compa?**

A estas alturas del episodio ya todos teníamos claro que se trataba de un animal grande; lo que no sabíamos con certeza era de qué clase de animal ni cuál era su tamaño real, y mucho menos cómo había llegado hasta allí. En tales cavilaciones estábamos, cuando el animal por su propia cuenta se sacudió y avanzó un poco, dejando ver con mayor claridad su fisonomía.

- **!!!Es una babilla, es una babilla!!!** – gritó Ñaño. - **Yova, conseguíte otro foco y traéte un nylon pa amarrala** -, añadió.

Contagiado de la euforia, yo me ofrecí para hacer el mandado. Regresé a la casa, tomé mi linterna personal que siempre mantenía en la cabecera de la cama y cogí los dos lazos de nylon que Geovanni mantenía colgados en el corredor para realizar la faena diaria de amarrarles las patas a las vacas durante el ordeño. Volví lo más rápido que pude y entregué los lazos a mi hermano. De ahí en adelante mi papel sería el de ‘alumbrador oficial del insólito evento’.

Daniel Vega nuevamente tomó la iniciativa y arrebatándole uno de los lazos a Geovanni, afirmó con orgullo y cierta prepotencia: **¡Pa vé, que esta tarea es pa un varonil!**

Teniendo ya claro en qué consistía “*la vaina rara*” que dijo el pelaito y disponiendo de más luz que aportaba el nuevo foco y los elementos necesarios, Daniel y Geovanni se dispusieron a apresar al reptil. La empresa, como veremos, no resultó fácil.

Lo primero que hicieron fue una argolla en un extremo de un lazo, para sujetar al animal por el hocico. En esta fase de la labor, mi hermano asumió una actitud más activa y participativa, tal vez –supongo yo- porque se sintió desafiado por la frase sobradora de su compañero de aventura nocturna, que de alguna manera tocaba la fibra de su orgullo pues, al fin y al cabo, él también es un hombre acostumbrado al ajetreo rudo del campo. Por eso no se podía dejar echar tierra del ‘varonil’.

- **¡Qué varonil ni qué carajo; echa pa cá!** – y quitándole a Daniel el nylon que ya había armado, se puso al frente de la situación.

- **¡Ey Yuri, alumbra bien, nojoda!** – remató.

En este momento, a ninguno de los presentes nos quedaba duda de quién era ‘el chacho de la película’, especialmente a Daniel.

Sin la menor intención de contrariar el imperativo de mi General Geovanni – “*Manda más que un atorao*”, decía el finado **Agustín Alejandro Pantoja Barbosa** -, agudicé la visión y dirigí con firmeza y puntería el haz del artefacto luminoso hacia la imponente constitución corpórea de la ya identificada babilla.

- **¡Ojo Patón, que ese animal es un diablo con la cola!** – le advirtió uno de los mirones.

- **¡Ay maco, le vas a enseñá a tu papá a hacé hijos!** – le ripostó Geovanni. Y quitándose el sombrero para tener mayor visibilidad y comodidad, se dirigió de frente al animal con absoluta determinación.

Daniel, quien ya se había subido nuevamente a la pared, dijo: - **Patón, jurgála por delante pa que levante la cabeza, que ya yo tengo el otro nailon listo con la gazá pa amarrala.**

Entendiendo mi hermano que la táctica propuesta por ÑaÑe era la más apropiada, tomó la vara y fastidió al reptil hasta que levantó la cabeza, de tal modo que Daniel, desde arriba y con gran destreza enlazó el hocico del animal sosteniéndolo con la mayor fuerza que le era posible.

En mi rol de alumbrador, había tenido que moverme constantemente de un lado para otro, con el fin de proporcionarles a ellos la mayor y mejor luminosidad.

A partir de entonces se desarrollaría un titánico forcejeo entre la bestia y los hombres, que habría de durar más de veinte minutos. Daniel y Geovanni por someterla y reducirla a la impotencia, y ella por escapar, de lo que muy seguramente su instinto le indicaba que podría significar su muerte.

El club de mirones había crecido, debido a que la noticia se había propagado a las calles vecinas. Tanto los transeúntes a pie como los que se desplazaban en bicicletas y motocicletas, se detenían en el sitio de los acontecimientos para enterarse de primera mano de lo que allí ocurría. Querían ser testigos directos y no correr el riesgo de que al día siguiente **Pacho cabeza** o **Armando Gallardo** les relataran su particular versión del suceso, matizada de exageraciones e imprecisiones, como ha sido costumbre en ellos (estos carajos tienen una **fama de embusteros** muy bien construida a lo largo de sus vidas).

La babilla, al sentirse presionada por la boca, reaccionó violentamente contorsionando todo su cuerpo desde la cabeza hasta la cola, parte ésta con la que lanzaba extraordinarios latigazos que, de haber hecho blanco en la pierna de alguno, muy seguramente lo hubiera puesto a brincar y a berrear del dolor.

Como Daniel, desde el borde de la pared no resistía más el tira y jala del animal, resolvió lanzarle el nylon a Geovanni, quien velozmente lo recogió y aseguró con sus portentosas manos, dándole tiempo mientras tanto a su compañero para que se bajara de la pared, trepara el portón e ingresara al patio y se sumara al esfuerzo que él estaba haciendo por contener la furia de la desdichada criatura. Ahora eran dos contra una. El forcejeo duró por varios minutos más, hasta que el animal se debilitó por completo, cosa que ellos aprovecharon para someterla definitivamente al amarrarle la cola con el segundo nylon.

El último acto de grandeza y dignidad que manifestó la babilla antes de perder su libertad, fue un sonoro soplido que expulsó desde lo más profundo de sus entrañas. En ese instante, Ñaño comprendió que había ganado la batalla, por lo que lleno de júbilo, exclamó: **¡Conmigo te jodei pendeja e' miedda, estay lidiando con un varonil!**

Absolutamente sometido el animal y no representando ya ningún peligro para nadie, los captores consideraron conveniente determinar cuál era su tamaño real.

- **Yovanito, vaya a la casa y dígame a su mamá que me mande el metro que está en la vitrina del taller. Y de una vez, lléveme el sombrero. ¡No se demore!** – le ordenó Geovanni a su hijo mayor.

El niño voló más que cuando escuchó la noticia de “*la vaina rara*” por primera vez. No transcurrieron dos minutos, cuando estuvo de vuelta con la cinta métrica en las manos.

- **Aquí está el metro, Papi** – dijo el niño.

Geovanni tomó el instrumento de medición y pisándole fuertemente la cabeza a la babilla por precaución, lo puso en la punta del hocico y se lo pasó a Daniel para que lo extendiera hasta el extremo de la cola.

- **¿Cuánto mide Ñaño?** – preguntó.

La respuesta fue inmediata: - **¡Uno con ochenta y tres!** - (1 metro con 83 centímetros). Se trataba de un espécimen bastante grande, por lo que se asumió que era adulto.

Sólo quedaba un misterio por resolver: ¿De dónde había salido el animal y cómo hizo para llegar hasta el patio de esa casa sin que nadie lo viera? Ninguno de los presentes estaba en capacidad de responder con certeza a tales interrogantes; únicamente podíamos aventurar algunas suposiciones, entre ellas, que se salió de un jagüey de alguna de las fincas aledañas al centro poblado, o que provino de la Ciénaga del Cristo y aprovechando la oscuridad de la noche atravesó el barrio Palmira y los otros nuevos asentamientos que quedan detrás del taller de los Gallardo, pasó por el cambuche de Arquímedes Gutiérrez y se metió por la puerta trasera que tiene dicha vivienda. Nadie lo notó, hasta esa noche, porque la casa estaba deshabitada. Repito, son sólo suposiciones, porque no hay forma de probar nada.

Yo, de alguna manera, también respiré profundo y tranquilo porque entendía que el episodio había llegado a su final y que Daniel dejaría amarrado al reptil en algún árbol de aquel patio durante esa noche, para luego en la mañana liberarlo en el Caño Tagoto que es el cuerpo de aguas más cercano o, en su defecto, avisarles a las autoridades de la UMATA para que ellos tomaran la decisión más apropiada en bien del cautivo.

¡Cuán equivocado estaba yo en mis cuentas mentales!

Resulta que Daniel -para infortunio del indefenso animal y emputada mía-, mientras le medía la longitud, ya estaba pensando en cuánto iba a cobrar por su apreciada piel.

El comprador no demoró en aparecerse en el lugar de los hechos. La noticia de la babilla que habían capturado en la casa del señor Elí, llegó muy pronto a sus oídos y atrajo toda su atención. **Alejandro Gómez**, más conocido como **Jando**, es un paisano que se rebusca la vida realizando varias actividades, entre otras, comercializando el cuero de reptiles como culebras, babillas y caimanes, dado que el entorno pueblerino no brinda muchas oportunidades laborales que digamos. Jando sería el personaje de este relato que se quedaría con el 'gran botín'.

Vendedor y comprador rápidamente se pusieron de acuerdo en el precio, luego de unos breves cálculos matemáticos. La ley de la oferta y la demanda, pilar del Sistema Capitalista, se cumplió a la perfección en este micro mercado nocturno. Realizada la transacción comercial, el comprador se ausentó y al cabo de unos diez minutos reapareció con un carro del servicio público, en cuyo platón embarcó al maniatado reptil y se lo llevó para su casa.

Comprendiendo el horrible final que le esperaba al animal, pues obviamente sería sacrificado de forma brutal y su carne totalmente desperdiciada, toda vez que lo único que tiene valor comercial es la piel; apagué mi linterna y me retiré cabizbajo caminando hacia la casa con pasos lentos y pesados, como al hombre que le pesa la conciencia después de haber sido cómplice de un vil crimen.

- Nojoda, si hubiera sabido que era para matar a “la vaina rara”, ¡ni por el putas habría prestado mi foco y mucho menos les habría alumbrado a esos pendejos! – me dije para mis adentros. Pero qué va, ya era *muy tarde* para arrepentimientos porque todo estaba consumado (como le dijo mi vecino **Joche Pantoja** a mi cuñada Ana, en alguna ocasión que le estaba dando una ‘lengüera’ al pobre Geovanni, por sus andanzas no tan santas). Mientras ingresaba a la casa, pensaba que seguramente esa noche tendría pesadillas, retrataría en mi mente una y otra vez la forma como el comprador desholleja todavía medio viva a la babilla, tiraba la carne a los perros y sacaba cuentas alegres de cuántos miles de pesos recibiría por el cuero en Aguachica.

En tal elevación angustiosa estaba, cuando de repente mi cuñada me preguntó a mansalva: - **Yuri, ¿dónde dejaste los lazos?, vé que Yovani los necesita mañana temprano pa ordeñá.**

Esa noche no hubo ‘juego de siglo’ con mi hermano y los vecinos – actividad lúdica que acostumbrábamos realizar para distraernos y que normalmente se prolongaba hasta pasada la media noche - pues, el acontecimiento de la babilla demandó toda nuestra atención y, para ser sincero, me sentía cansado y con ganas de irme a acostar. Me dirigí por segunda vez a la alberca, me bañé las manos y me cepillé los dientes. Entré a la habitación con la disposición de acostarme, prendí el ventilador, me quité la pantaloneta y me quedé en pantaloncillo, me tendí sobre la cama; pero, por más que lo intenté no logré conciliar el sueño de inmediato. Entonces, me incorporé, prendí la luz y busqué un libro de **García Márquez** que había empezado a leer dos noches atrás. Leí de un solo impulso “*Alguien desordena estas rosas*” y, cuando comenzaba con el siguiente cuento peregrino, me venció el sueño.

Diez años después, en la lluviosa, transmilénica y difícil Bogotá, todavía me pregunto qué fue de ese pobre animal, en cuál cantina del pueblo quedaron los pocos pesos que recibió Ñañe por su venta y, lo más irónico de todo: ¿Quién sería la dama de la alta sociedad que habrá lucido en uno de los tantos eventos postizos a los que asisten, la cartera y los zapatos que muy seguramente fabricaron con el cuero de la babilla del 26 de enero?

Antes que se borren para siempre las frágiles huellas plasmadas en la prodigiosa superficie de la memoria, denominadas recuerdos; obligatorio es tomar la fotografía oportuna que habrá de garantizar su presencia y conservación en las lunas del mañana.

-- Yuri Acuña Amaya --
